

**Dr. Juan Martínez Hernández**

**I Congreso de la Medicina**

**Ilustre Colegio Oficial de Médicos Málaga, 21 de abril de 2016**

### Medicina, Historia y Literatura.

Los periodistas suelen decir que *la clave de la comunicación* es la renuncia y siguiendo su estela yo debería dejar de lado al menos la mitad de las cosas que les quiero contar. Porque quiero hablarles de dos temas diferentes, a mi entender apasionantes y en principio no relacionados. Quiero robarles unos minutos en esta jornada científica y de convivencia y sencillamente no me decido por cual, porque ambos son como dos hijos, dos partes de uno mismo, ambos merecen unos minutos de atención, de cariño y de actitud emocionada por mi parte y espero que también por la suya.

Sirva de entrada decir que es un honor el que me hace la Organización de este simbólico I Congreso de la Medicina, al que seguirán muchos más aquí y fuera de aquí, no me cabe duda y eso que carezco de cualquier dote de adivino. Gracias de corazón por considerar que yo puedo o debo hacer esta Conferencia inaugural.

Siguiendo con el principio de mi charla, de pronto comprendí que, como con los hijos, preferir es incorrecto, hay que querer siempre sin dosis, sin freno y lo demás viene rodado.

Así pues, en las dos historias que les voy a contar hay mucho en común entre sí, mirando con cuidado, con la debida atención. Hay mucho en común, además, con nosotros los médicos. Una de ellas trata de la historia reciente de España, de nuestra Historia, y trata de la vida de un médico, Juan Planelles, de un español muerto en el exilio en la extinta Unión Soviética, del que alguno de los asistentes ya me oyó hablar en otras ocasiones, pero del que nunca puedo dejar de contar quién fue y lo que hizo, en la necesaria tarea de divulgación y de recuperación de ese pequeño trozo de nuestra memoria histórica.

La segunda trata de literatura y medicina, de nuevo de un encuentro fascinante, esta vez de la mano de uno de los narradores más importantes de la lengua castellana, Gabriel García Márquez. Trata de la relación profunda entre la Medicina y la obra del premio Nobel.

Ambas historias confluyen, porque de la mano de la literatura y de la historia los médicos podemos ser mejores médicos, entender más a las personas y a nosotros mismos y por tanto, ser mejores para los pacientes, el único fin honesto de todo cuanto hacemos en nuestra vida profesional.

Medicina, literatura e historia se unen en las siguientes dos inseparables charlas hermanas que, en una sola, yo les traigo hoy aquí, intentando cumplir con la encomienda clásica para cualquier comunicador: *informar, formar y entretener*, la vieja divisa hoy lamentablemente en quiebra.

### Historia: Vida de Juan Planelles

Por azar, por simple casualidad encontré en un viejo libro memoria de un hombre perdido. Encontré exactamente ese nombre, Juan Planelles Ripoll, un nombre sepultado en la historia de España en general y en la historia de la Medicina en particular. Solo eran unas líneas

elogiosas y su autor, un antiguo responsable de la Organización Mundial de la Salud. Pero el asombro que me produjo la figura de este médico jerezano, nacido en 1900, no me ha abandonado desde entonces. Este peculiar encuentro se produjo en el otoño de 2005. Por aquel entonces no había Wikipedia ni nada que se le pareciera y, por no alargarme, les diré que el sin número de anécdotas que ocasionó su búsqueda e investigación merece todo el apelativo de aventura, incluyendo encuentros personales con la familia de Pasionaria, o el descubrimiento a su vez de otras personalidades relacionadas, enteramente nuevas para mí.

Juan Planelles, hijo del médico militar del mismo nombre, se educó inicialmente en la ciudad en la que, usando sus palabras, “los caballos vivían mejor que muchas personas”. Su paso por la escuela nacional, junto a sus compañeros, niños descalzos y hambrientos, hizo comprender al pequeño Juan que no todas las personas tenían la misma suerte que él mismo, hijo de una acomodada familia de clase media.

Pronto salió de Jerez precisamente a esta bella ciudad de Málaga, donde cursó el bachillerato, para después emprender la carrera de Medicina en Madrid. Y fue en Madrid cuando entró en contacto con las personalidades de la Edad de Plata de la cultura y la ciencia españolas, vinculadas a la Residencia de Estudiantes. De espíritu crítico y fuerte orientación social, Planelles no dudó en dirigir su actividad profesional tempranamente hacia los más necesitados, siendo uno de los fundadores del llamado *Socorro Obrero*.

Gracias a una beca de la Junta de Ampliación de Estudios, viajó a Alemania y Holanda para formarse en Farmacología, junto a otro ilustre compañero, el luego omnipresente profesor Benigno Lorenzo Velázquez. Planelles (que no Velázquez) ganó la medalla de Oro de la Academia con el trabajo “Valoración biológica de los medicamentos complejos”, convirtiéndose en académico de este modo, con tan solo 24 años. Ese trabajo fue de gran relevancia en su momento; se trataba de una propuesta de la Sociedad de Naciones y su lectura me sirvió a mí, entre otras cosas, para comprender mejor por qué los preparados mal llamados “naturales” no deben consumirse nunca y prescribirse menos: carecemos de cualquier noción de su potencia o actividad real en el sujeto concreto, al ser una miscelánea de sustancias variadas de origen vegetal, con cantidades desconocidas de múltiples principios activos, cuyos efectos farmacocinéticos y farmacodinámicos son poco más o menos tan predecibles como la lotería. Gracias al trabajo de Planelles, por ejemplo, se estandarizó por aquel entonces la potencia de las insulinas.

Planelles fue un científico orientado a la fisiología y la farmacología experimental en la década de los 20 y 30, donde aportó interesantes hallazgos en endocrinología y ginecología, incorporando incluso a Madrid el primer test de embarazo, el *rabit test*, que se realizaba inyectando orina de la posible embarazada en conejas y valorando luego los ovarios a simple vista. Para evitar el sacrificio del animal y tener que recurrir siempre al laboratorio, el Dr. Planelles inventó una técnica para exponer en el costado del conejo uno de sus ovarios, que, recubierto con celuloide, podía ser valorado a simple vista, observándose la aparición de la ovulación, en el caso de resultado positivo.

Planelles también realizó los primeros estudios de psicología experimental en España y en todo el mundo, estudiando la hipoglucemia en el perro ante el reflejo pavloviano. El animal condicionado experimentaba bajadas de azúcar en sangre, anticipándose así al premio que inducía el reflejo. Planelles podía medir ya de modo continuo la glucemia, canalizando una arteria, siendo en esto como en otras muchas cosas un pionero.

Cuando estalla la Guerra Civil, había conseguido inducir aterosclerosis experimental en animales de laboratorio, alterando su dieta, adelantándose más de una década a los mismos estudios realizados en EE UU.

Pero Planelles no fue solo un científico, también fue médico clínico sensible a los problemas de la gente. Una vez lo llamaron a casa para atender a un niño, hijo de una presa política, al que ningún otro médico quería atender; sin vacilar acudió a ver al crío, que tenía una neumonía. Así Planelles conoció a Pasionaria, quien le condujo hacia el partido Comunista.

Al estallar la Guerra Civil, Juan es designado jefe de la defensa sanitaria de Madrid y con posterioridad, en 1937 Subsecretario de Sanidad en el Gobierno de la República, en Valencia. En los meses que duró su único cargo político reforzó las medidas de prevención, de vacunación, de control de medicamentos y ordenó, por primera vez en España, la gratuidad de toda la asistencia hospitalaria, primer antecedente del Sistema Nacional de Salud que hoy conocemos.

Ya en el exilio, Planelles atendió a heridos en la Batalla de Stalingrado, lugar en donde por cierto murió aquel niño al que él sanó, Rubén, el hijo de Dolores Ibárruri, ya joven oficial, alcanzado por un disparo en el pecho. También durante la II Guerra Mundial impartió clases en varias facultades de Medicina y finalmente llegó a ser el microbiólogo-farmacólogo más importante de la Unión Soviética, descubriendo y aislando numerosos antibióticos, ampliamente utilizados en los países del Este. Llegó a ser Académico de Ciencias de la URSS y obtuvo el reconocimiento internacional como máximo referente en los efectos nocivos de los antibióticos. Además, aun tuvo tiempo de continuar la actividad de tipo más político con llamadas de atención sobre los efectos nocivos de la guerra nuclear, en las reuniones del Comité Federal del PCE en Suiza, adelantándose a su vez casi dos décadas a los esfuerzos de la Asociación Internacional de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear (International Physicians for the Prevention of Nuclear War, IPPNW), fundada en 1980 y que obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1985.

Planelles, en contra de su voluntad, no pudo retornar a España más que en fugaces visitas, falleciendo en Ochamchira, junto al Mar Negro, en 1972. Una versión más ampliada la pueden encontrar en *“El Médico Rojo, Vida de Juan Planelles”*, de Ediciones 2010.

### Literatura: La medicina en la obra de García Márquez

Así como la Historia nos reconcilia con nosotros mismos, nos permite profundizar intensamente en los por qué de las cosas que hacemos y nos da a conocer el intrincado árbol de la ciencia hasta sus orígenes, hasta las raíces, la literatura, por su parte, llena nuestra mente de miradas alternativas, de pensamientos y acciones puestos en la vida de los personajes por autores que, usando el material literario, en el fondo nos quieren hacer pensar.

El propio Cervantes dice en el Quijote, que la Historia es o debe ser “ejemplo para el presente y aviso del porvenir”, volviendo a mostrarse la inseparable unión de las dos ramas de las Humanidades.

Para esta segunda parte de la charla no me centraré en los imprescindibles y muy conocidos Lewis Thomas y Oliver Sacks, ni en otros de prestigio parecido y ensayos semejantes. Estos autores, sobre la base de casos clínicos, nos muestran los diferentes modos de

enfermar y el lado más reflexivo y humanístico del quehacer médico. No; en esta ocasión iremos de lleno a sumergirnos en la novela, en la gran literatura.

Al buen médico, la literatura le sirve de reflexión además de, por supuesto, entretenimiento. Y este es el caso notable de la obra del genial autor colombiano.

Gabriel García Márquez llevaba de algún modo un médico dentro. Su padre ejerció de profesional paramédico, pues tenía un consultorio dedicado a tratamientos con plantas medicinales, con permiso de las autoridades. Era algo más que un curandero y bastante menos que un médico, pero tenía sin duda interés por los enfermos y las enfermedades. El propio García Márquez fue en su juventud vendedor de enciclopedias y de libros de medicina y alguno que otro debió leer sin ninguna duda, por el detalle y la riqueza de la documentación médica y científica de sus cuentos y novelas.

En sus primeros años de ejercicio profesional como periodista, por ejemplo, relata de un modo magistral la conmoción por un caso de rabia en un pueblo colombiano y la denodada lucha por la búsqueda del antídoto, del cual el país entero estaba desabastecido.

En un pasaje del texto, recogido en el inolvidable *Cuando era feliz e indocumentado*, se lee:

*“Este niño de 18 meses, condenado a muerte por la leve mordedura de un perro, sólo tenía un sábado de vida. La única droga que podía derogar la sentencia se hallaba a 5.000 Kms.”*

Este ejemplo de la literatura es, ni más ni menos, un caso real de cualquier país del mundo en vías de desarrollo. Esto mismo sucede hoy en naciones hermanas, antes ricas: anaquelles de farmacia vacíos, desesperanza y problemas de salud evitables en vía de descontrol por la falta de medicamentos esenciales, fruto de la hecatombe política y económica que viven.

En una de las primeras obras de Gabo, el *Relato de un naufrago*, sus descripciones de la sed y de las llagas en la piel abrasada por el sol, son más realistas que la propia observación desapasionada y científica. Nos relata la vivencia de la muerte cercana de este modo:

*“Se dice que los moribundos salen a recorrer sus pasos. Algo de eso me ocurrió en aquella noche de recapitulación... Minuto a minuto, mis nueve días de soledad, angustia, hambre y sed en el mar se repetían entonces, nítidamente como en una pantalla cinematográfica. Primero la caída. Después mis compañeros gritando en torno a la balsa;”*

Releyendo este pasaje no puedo dejar de pensar en la travesía hacia la isla de Lesbos de miles de fugitivos de la guerra de Siria, esa imagen terrible de este año, que no cesa. Leer nos permite vivir de prestado la experiencia de otros; y el médico sensible a los problemas de las personas no puede ser ajeno a las catástrofes humanitarias como no lo es de hecho, pues hay pocas profesiones con mayor compromiso en cooperación.

Comprender la naturaleza del síntoma, habiéndolo vivido, confiere un matiz al clínico maduro que raramente puede tener el médico joven que, para su fortuna, aún no ha padecido ni visto padecer en sus seres queridos ni tampoco tiene la suficiente experiencia profesional.

La profunda comprensión y cercanía con el doliente solo puede adquirirse por vivencia propia o cercana, y a veces, gracias a la gran literatura, de la mano de sus personajes.

Pero hablar de la medicina en la obra de Gabriel García Márquez es necesariamente hablar de *El amor en los tiempos del cólera*, una de sus obras preferidas.

Esta novela comienza con la descripción magistral de la muerte por envenenamiento con cianuro, aquel signo inconfundible del olor a almendras amargas que todos estudiamos en algún momento, y luego sigue por los derroteros de la vida de sus personajes, en la tórrida costa del Caribe colombiano, narrando la existencia misma, desde la infancia a la vejez, de una pareja aquejada de *amores contrariados*. Pues bien, en esa vida, en todas las vidas, la presencia de la enfermedad, el accidente y la muerte son constantes. Se citan en esta novela un total de (según mi recuento personal) 129 problemas médicos, síntomas, signos y cuestiones relevantes tanto clínicas, como preventivas e incluso éticas, perfectamente enlazadas con el argumento. No en vano uno de los protagonistas, es médico, el Dr. Juvenal Urbino un hombre exitoso y noble que en su juventud controla en la novela una epidemia de cólera en Cartagena de Indias y que acaba muriendo muchos años después de una caída, en un absurdo accidente doméstico, tratando de atrapar un loro. Precisamente, en otro pasaje, en relación a los accidentes, Gabo deja una perla que debería estar en la mente de todos los profesionales de la salud. El otro protagonista masculino, el taciturno enamorado de la mujer del médico, se va haciendo mayor y prudente; por eso subía las escaleras de su gabinete despacio y con cuidado porque *“siempre había pensado que la vejez empezaba con una primera caída sin importancia, y la muerte seguía con la segunda”*.

*El amor en los tiempos del cólera* incluye también llamadas al núcleo de la profesión médica. Por ejemplo, el Dr. Urbino acostumbraba a decirles a sus alumnos que *“la mejor medicina es un buen diagnóstico”*, y esto es algo que deberíamos recitar todas las mañanas, en nuestro interior, cada uno de nosotros, si estamos en la asistencia sanitaria: nunca olvidemos que el tratamiento a ciegas o *ex juvantibus*, ese que hacía el televisivo Dr. House, es una de las peores formas posibles de medicina.

En otro pasaje magistral, se aborda un tema nuclear de la profesión médica, aunque solo sea de soslayo, el secreto profesional. Hildebranda, la cuñada del Dr. Urbino, le confiesa el amor platónico que sufría por su mujer un tal Florentino Ariza. Leemos:

*Hildebranda le había revelado el secreto en alguna de sus tantas visitas de los primeros años. Pero lo hizo de un modo tan casual y en un momento tan inoportuno, que al doctor Urbino no le entró por un oído y le salió por el otro, como ella pensó, sino que no le entró por ninguno... Se lo dijo convencida de que había sido algo tan inocente y efímero, que más bien resultaba conmovedor. El doctor Urbino le replicó sin mirarla: “No sabía que ese tipo fuera poeta”. Y lo borró de la memoria al instante, entre otras cosas porque su profesión lo tenía acostumbrado a un manejo ético del olvido”*

En fin, serían interminables los ejemplos, los guiños a la ciencia y al arte médicos en esta obra y en otras tantas del escritor colombiano. Baste añadir ahora que, sin prisa, el tema merece un estudio más en profundidad y que pienso ha quedado demostrado que, una mirada a la historia en general y a la historia de la Medicina en particular, junto a la lectura de alguna de las grandes obras de la literatura universal, nos permite reflexionar sobre lo que hacemos y como lo hacemos, con idea de mejorarlo. Es decir, nos hace ser mejores médicos.